

www.elboomeran.com

Amélie Nothomb

Pétronille

Traducción de Sergi Pàmies



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Pétronille

© Éditions Albin Michel

París, 2014

Ilustración: foto © Patrick Swirc

Primera edición: marzo 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Sergi Pàmies, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7952-0

Depósito Legal: B. 2433-2016

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

La embriaguez no se improvisa. Es competencia del arte, que exige dar y cuidar. Beber sin ton ni son no lleva a ninguna parte.

Que la primera borrachera suela ser tantas veces milagrosa se debe únicamente a la famosa suerte del principiante: por definición, no volverá a repetirse.

Igual que todo el mundo, y en función de las noches, he bebido cosas más o menos fuertes con la esperanza de alcanzar la embriaguez que convirtiera mi existencia en algo aceptable: el principal resultado fue la resaca. Sin embargo, nunca dejé de sospechar que era posible sacarle un provecho mayor a semejante búsqueda.

Pudo más mi temperamento experimental. Al igual que los chamanes del Amazonas, que se

infligen a sí mismos dietas crueles antes de masticar una planta desconocida con el objetivo de averiguar qué poderes contiene, recurrí a la técnica más antigua del mundo: ayuné. La ascesis es un medio instintivo de crear, dentro de uno mismo, el vacío indispensable que todo descubrimiento científico requiere.

No hay nada más lamentable que esa gente que, en el momento de probar un gran vino, exige «comer algo»: es un insulto a la comida y todavía más a la bebida. «Si no, me pongo piripi», farfullan, poniéndose aún más en evidencia. Me dan ganas de sugerirles que dejen de mirar a las chicas guapas: correrían el riesgo de quedar hechizados.

Beber intentando evitar la embriaguez resulta tan deshonesto como escuchar música sacra protegiéndose contra el sentimiento de lo sublime.

Así pues, ayuné. Y rompí el ayuno con un Veuve Clicquot. La idea era empezar con un buen champán, y un Veuve no me parecía una mala elección.

¿Por qué champán? Porque la embriaguez que produce no se parece a ninguna otra. Cada alcohol tiene su particular nivel de pegada; el champán es uno de los únicos que no suscitan metáforas groseras. Provoca que el alma se eleve hacia lo que debió de ser la condición de hidalgo en la época en la que esta hermosa palabra aún

tenía sentido. Hace que te vuelvas gracioso, ligero y profundo a la vez, desinteresado, exalta el amor y, cuando el amor te abandona, confiere elegancia a la pérdida. Por todas estas razones me pareció que podía sacarle un provecho mucho mayor a este elixir.

Desde el primer sorbo supe que tenía razón: nunca hasta entonces el champán me había resultado tan exquisito. Las treinta y seis horas de ayuno habían afilado mis papilas gustativas, que descubrían hasta los más recónditos sabores de la aleación y se estremecían con renovada voluptuosidad, primero virtuosa, luego brillante y finalmente abrumada.

Con valentía, seguí bebiendo y, a medida que vaciaba la botella, sentía que la experiencia modificaba su naturaleza: el estado que estaba alcanzando no merecía tanto el nombre de embriaguez como el de lo que, con la pompa científica característica de nuestro tiempo, denominamos «estado alterado de consciencia». Un chamán lo habría calificado de trance, un toxicómano habría hablado de viaje. Yo empecé a tener visiones.

Eran las seis y media y a mi alrededor se hizo la oscuridad. Miré hacia el lugar más oscuro y pude ver y escuchar joyas. Sus múltiples resplandores emitían susurros acerca de piedras preciosas, oro y plata. Animadas por una reptación de ser-

piente, no apelaban a los cuellos, a las muñecas y a los dedos que deberían haber ornamentado sino que se bastaban a sí mismas para proclamar el carácter absoluto de su condición de lujo. A medida que se acercaban a mí, sentía su frío metálico. De aquella sensación yo extraía un placer níveo; nada me habría gustado más que hundir mi rostro en aquel helado tesoro. El momento más desconcertante se produjo cuando sentí de verdad el peso de una gema en la palma de la mano.

Solté un grito que aniquiló la alucinación. Tomé otra copa y comprendí que aquel brebaje provocaba visiones que se le parecían: el oro de su vestido se había fundido en pulseras, sus burbujas, en diamantes. Y el escarchado sorbo respondía a su frío plateado.

La siguiente fase fue la del pensamiento, si puede llamarse así al flujo que se apoderó de mi mente. En las antípodas de los asuntos que suelen enviscarlo, se puso a girar y a girar, a burbujear, a despotricar sobre asuntos frívolos: era como si intentara seducirme. Todo aquello resultaba tan impropio de él que me puse a reír. Estoy demasiado acostumbrada a que mi mente se dirija a mí con recriminaciones idénticas a las de un inquilino indignado con la mala calidad de la vivienda alquilada.

Verme de repente convertida en una presen-

cia tan agradable para mí misma ensanchó mis horizontes. Me habría encantado poder ser tan buena compañía para alguien. ¿Quién?

Pasé revista a mis conocidos, entre los que abundaban las personas simpáticas. No localicé a ninguna que me conviniera. Habría necesitado un ser que aceptara someterse a esta ascesis y que bebiera con un fervor equivalente. No tenía la pretensión de creer que mis divagaciones pudieran divertir a un practicante de la sobriedad.

Entre tanto, había vaciado la botella y estaba totalmente borracha. Me levanté e intenté caminar: a mis piernas les maravilló que en tiempo normal un baile tan complicado no exija esfuerzo alguno. Titubeé hasta la cama y me desplomé.

Aquel abandono de mí misma resultaba delicioso. Comprendí que el espíritu del champán aprobaba mi conducta: lo había acogido en mi seno como a un huésped distinguido, lo había recibido con extrema deferencia y, a cambio, él me prodigaba sus favores a puñados; no podía ser que aquel naufragio final no fuera una muestra de gracia. Si Ulises hubiera cometido la noble imprudencia de no atarse al mástil de su nave, me habría seguido hasta donde me arrastraba el poder último del brebaje, se habría hundido conmigo hasta el fondo del mar, arrullado por el áureo canto de las sirenas.

No sé cuánto tiempo permanecí en aquellos abismos, en un estadio intermedio entre el sueño y la muerte. Esperaba un despertar comatoso. Estaba equivocada. Al emerger de aquella inmersión, descubrí una nueva voluptuosidad: como confitada en azúcar, podía experimentar hasta lo más hondo la poderosa comodidad que me rodeaba. El contacto de la ropa con la piel me hacía estremecerme, la sensación de la cama acogiendo mi debilidad propagaba una promesa de amor y comprensión hasta lo más profundo de mi ser. Mi mente se marinaba en un baño de ideas en estado de gestación en el sentido etimológico: una idea es, ante todo, algo que se ve.

Y yo veía que era Ulises tras el naufragio, embarrancado en una playa indeterminada, y antes de disponerme a elaborar un plan paladeaba la sorpresa de haber sobrevivido, de conservar intactos mis órganos y un cerebro no más deteriorado que antes, y de yacer sobre la parte sólida del planeta. Mi apartamento parisino se había convertido en la orilla desconocida y yo me resistía a la necesidad de ir al baño para así conservar, durante el mayor tiempo posible, la curiosidad por la misteriosa tribu con la que, sin duda, estaba a punto de tropezarme.

Pensándolo bien, aquélla era la única imperfección de mi estado: me habría gustado com-

partirlo con alguien. Me habría conformado con Nausica o el Cíclope. El amor y la amistad habrían sido las cajas de resonancia ideales para tanta admiración.

«Necesito un compañero o una compañera de borrachera», pensé. Pasé revista a la gente que conocía en París, donde acababa de instalarme. La breve lista de mis relaciones incluía bien a personas muy simpáticas pero que no bebían champán, bien a auténticos bebedores de champán que no me despertaban demasiada simpatía.

Conseguí llegar al baño. Al volver, miré por la ventana la pobre vista de París que se ofrecía ante mí: peatones pateando las tinieblas de la calle. «Son parisinos», pensé a la manera de un entomólogo. «Me parece imposible que entre tanta gente no pueda encontrar al elegido o a la elegida. En la Ciudad de la Luz, tiene que haber alguien con quien beberse la luz.»

Yo era una novelista de treinta años recién llegada a París. Los libreros me invitaban a firmar libros en sus librerías y yo nunca me negaba. La gente acudía para verme; yo los recibía con una sonrisa. «¡Qué amable es!», comentaban.

En realidad, practicaba la caza pasiva. Presa de los curiosos, yo también los miraba mientras me preguntaba qué aptitudes tendría cada uno de ellos como compañero de borrachera. Una caza de lo más azarosa, pues, en realidad, ¿qué señales permiten reconocer a un individuo así?

De hecho, la palabra «compañero» no era la más apropiada, ya que su etimología alude a compartir el pan. Lo que yo necesitaba era un convivino o una convivinera. Algunos libreros tenían la feliz idea de servirme vino, a veces incluso cham-

pán, y eso me permitía descubrir en las miradas ajenas la chispa del deseo. Me gustaba que le dedicaran a mi copa una mirada codiciosa, siempre que ésta no fuera demasiado acentuada.

El ejercicio de la dedicatoria se basa en una ambigüedad fundamental: nadie sabe lo que el otro desea. Cuántos periodistas me han preguntado: «¿Qué espera de este tipo de encuentros?» En mi opinión, el interrogante resulta más pertinente para la otra parte. Dejando a un lado los escasos fetichistas para los que la firma del autor tiene un valor real, ¿qué buscan los amantes de los autógrafos? En lo que a mí respecta, siento una profunda curiosidad por las personas que acuden a verme. Intento averiguar quiénes son y qué desean. Este aspecto nunca dejará de fascinarme.

Hoy todo este asunto es bastante menos misterioso. No soy la única que ha observado que las chicas más guapas de París hacen cola para verme, y reparo divertida en cómo muchos frecuentan mis sesiones de firmas para ligar con esas bellezas. Las circunstancias son ideales, ya que hago las dedicatorias con una lentitud angustiante, así que los seductores disponen de todo el tiempo del mundo.

Pero mi relato se sitúa a finales de 1997. En aquella época el fenómeno no resultaba tan evidente, aunque sólo fuera porque yo tenía mu-

chos menos lectores que ahora, de modo que disminuía ipso facto la probabilidad de que entre ellos hubiera criaturas de ensueño. Fueron tiempos heroicos. Los librereros me servían poco champan. Aún no tenía un despacho en mi editorial. Recuerdo aquel período con el mismo y conmovido terror con el que nuestra especie rememora la prehistoria.

A primera vista me pareció tan joven que la confundí con un chico de quince años. Su aspecto juvenil se veía amplificado por la exagerada intensidad de los ojos: me miró fijamente, como si yo fuera el esqueleto del gliptodonte del Museo del Jardin des Plantes.

Entre mis lectores suelen abundar los adolescentes. Cuando se trata de una lectura impuesta por el instituto, su interés suele manifestarse con moderación. Cuando un crío me lee por iniciativa propia, en cambio, siempre resulta fascinante. Así que recibí al chico con un entusiasmo nada fingido. Estaba solo, lo cual demostraba que no le enviaba ningún profesor.

Me tendió un ejemplar de *El sabotaje amoroso*. Lo abrí por la primera página y pronuncié la fórmula ritual:

—Buenas tardes. ¿A qué nombre?